



CARLOS MORLA LYNCH

INFORMES DIPLOMÁTICOS
Y DIARIOS DE LA GUERRA CIVIL

Prólogo de **Andrés Trapiello**



EDICIONES ESPUELA DE PLATA

INFORMES DIPLOMÁTICOS

Carlos Morla Lynch

INFORMES DIPLOMÁTICOS

*Memoria presentada al Gobierno de Chile correspondiente
a la labor realizada al frente de la Embajada en Madrid
durante la Guerra Civil 1937-1939. SEGUIDOS DE Diario
30 de marzo a 5 de mayo de 1939 Y DEL Diario
de Carlos Morla Vicuña 1937-1939*

Prólogo de *Andrés Trapiello*



ESPUELA DE PLATA

SEVILLA • MMX

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento sobre una variación
del cartel *Madrid 7 noviembre 1936* de Tomás

Textos de los diarios establecidos por Verónica y Beatriz Morla

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la
Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas
del Ministerio de Cultura, para su préstamo público
en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en
el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



© Herederas de Carlos Morla Lynch

© Prólogo: Andrés Trapiello

© 2010. Ediciones Espuela de Plata

Depósito Legal: S. 400-2010

ISBN: 978-84-96956-76-6

Impreso en España

ISBN eBook: 978-84-96956-90-2

Printed in Spain

PRÓLOGO

LA MEMORIA QUE ACABÓ EN *MEMORIA*

(A propósito de la *Memoria presentada al Gobierno de Chile por su encargado de Negocios en la Embajada de Madrid durante la Guerra Civil española*, de Carlos Morla Lynch)

QUIEN haya leído los extraordinarios diarios de Carlos Morla Lynch, uno de los más importantes documentos sobre la guerra civil española, y lea ahora esta *Memoria*, no menos inaudita y asombrosa, encontrará muchos parecidos y también grandes y sutiles diferencias y un puñado de no menos valiosas informaciones que desconocía.

¿Por qué razón Morla Lynch decidió imprimir a su costa en Berlín esta *Memoria*, haciéndola pública? Me inclino a pensar que no lo hizo por una sola razón, sino por unas cuantas razones, unas personales y otras históricas. Creo también que cuando se decidió a ello ya había perdido una batalla personal frente a su inmediato superior, el embajador Sr. Núñez Morgado, a quien Morla cita siempre de ese modo, sin descender al nombre de pila. La cobardía de este hombre fue tanta y sus declaraciones tan oportunistas, men-

daces y reiteradas, que Franco no tuvo otro remedio que premiárselas al término de la guerra con una calle en la ciudad de la que había salido huyendo muerto de miedo en los primeros meses de la guerra, entre declaraciones pomposas y fascistas, dejando al frente de la Legación a quien como Morla Lynch hubiera podido encontrar cualquier pretexto para abandonarla, como los encontró el cónsul de Chile entonces, ese Pablo Neruda, que también la abandonó cobardemente con frases igualmente pomposas y falaces. Un Morla a quien Núñez Morgado, el Gobierno chileno y el Gobierno de Franco dejaron de lado sin la menor consideración el mismo uno de abril de 1939. No parece probable que las relaciones personales entre el embajador Núñez Morgado y su encargado de Negocios Morla Lynch hubiesen mejorado nunca, porque eran dos personas incompatibles, pero es posible que si el Gobierno de Chile o el Gobierno de Franco hubieran reconocido la abnegación de Morla y su labor al frente de la Embajada, salvando la vida de más de dos mil refugiados, Morla no se habría dado prisa en publicar esa Memoria. Quizá la hubiese redactado y la hubiese enviado, pero no la hubiera llevado a una imprenta de Berlín se diría que apresuradamente, nada más salir de la Embajada de Chile en Madrid, en «Abril 1939» (si hemos de creer la fecha impresa en su cubierta y, claro, el «Hans Winter. Buchdruckerei, Berlin 3» que figura en su última hoja a modo de imprimatur, si bien sólo pudo imprimirla a partir de septiembre de 1939, ya que contiene alusiones a la guerra que ya ha estallado en Europa).

Pues lo que a Morla le pareció intolerable es que su país, obedeciendo a intrigas políticas de España y del Ministerio de Exteriores chileno, y a los pocos días de la entrada de Franco en Madrid, procediera a un relevo que tenía más de cese fulminante

que de otra cosa. Y si a esto añadimos que Núñez Morgado empezó a postularse indecorosamente como el gran salvador de los refugiados que se acogieron en la Embajada, pese a que todos sabían que quien permaneció al frente de ella la mayor parte de la guerra fue Morla, a quien por eso mismo Núñez Morgado trataba de relegar a un papel secundario, si se tienen en cuenta todos estos matices psicológicos y personales, repito, se entenderá que Morla, colmada su paciencia, decidiera contar las cosas tal y como sucedieron, y pagar incluso de su bolsillo esas docenas de ejemplares, para que se supiera. Porque, y esta era otra de las razones, fue consciente, desde el primer día de la guerra, de que lo que estaba teniendo lugar en España era algo en verdad grande y único, algo de lo que se hablaría durante siglos, y va a abordarlo como aquellos cronistas de Indias que sabían que se enfrentaban a algo enteramente nuevo. Pero a diferencia de un hombre terco y fatuo como Núñez Morgado, incapaz de leer en la realidad otra cosa que su miedo y su egoísmo, Morla, un hombre curioso como Fabrizio del Dongo, comprendió lo excepcional de la situación, aunque a diferencia del personaje de Stendhal, supiera que se hallaba en el ojo mismo del huracán, en la batalla de Waterloo, o sea, en el centro mismo de la batalla de Madrid.

Y traigo ahora a colación el nombre de Stendhal de manera deliberada. Creo que Stendhal, también diplomático, habría querido firmar una *Memoria* como esta. No hay en ella ninguna retórica, nada de grandilocuencias, ningún filisteísmo. Va a los hechos de una manera directa, nombra a la gente a menudo sin demasiados miramientos diplomáticos, le importa ya muy poco lo que puedan pensar de él en el Ministerio de Santiago, las autoridades republicanas o, después de la guerra, los militares fascistas. Sólo tiene una

misión: salvar la vida de «sus» refugiados, gentes que a menudo le parecen estúpidos, mentirosos, mezquinos, extraños, peligrosos, cretinos y de un egoísmo inversamente proporcional a la generosidad de la que se están beneficiando. Lo demás queda en un segundo plano: demasiado bien sabe lo poco que vale la vida en una ciudad que es bombardeada a diario por la aviación fascista o amenazada, también a diario, por asaltos a embajadas que acaban por lo general en una checa y en un «paseo». De modo que comprendemos perfectamente la irritación de Morla cuando tras la guerra aparece su superior para darle lecciones de diplomacia. Entonces Morla escribe esta *Memoria*, la menos diplomática de todas las memorias que pueda leer nadie.

De ahí que tengamos la sensación desde las primeras páginas de estar leyendo algo que no es, ni mucho menos, la *Memoria* de un subalterno. Al contrario. Morla, que ha salido indemne de la experiencia más dramática que nadie podría haber vivido, una experiencia en la que tantos han perdido la vida, tiene la íntima convicción de que puede levantar la voz: ha hecho bien las cosas y exige que se le reconozca. No pide otra cosa. Las autoridades chilenas saben, además, que el éxito de la misión ha sido posible no sólo por razones del cargo. En Madrid había muchas embajadas, muchas incluso de mayor importancia y con más medios que la chilena, pero ninguna de ellas jugó un papel tan importante, hasta el extremo de que muchas otras acabaron delegando en la chilena la defensa de sus propios intereses. Morla lo ha conseguido precisamente por ser... Morla, probablemente el diplomático mejor situado en Madrid para llevar a cabo esa difícilísima misión: amigo de todo el mundo, aristócratas y torerillos, burgueses y gentes del arrabal, y amigo, sobre todo, de todos los escritores e intelectuales de

Madrid, de derecha e izquierda, a los que ha venido frecuentando desde hace diez años y a los que ha abierto los salones de su residencia, Morla estuvo desde el principio de la guerra en una situación privilegiada para que los «desafectos al régimen» confiaran en él y al mismo tiempo negociar con las autoridades republicanas o con aquellos que, al margen de la legalidad republicana, los amenazaban con asaltarlos día sí día no. Por esa razón Morla, que no es un hombre engreído, pero tampoco apocado, redacta su Memoria. Conoce lo que ha ocurrido mejor que nadie, porque estaba allí (al contrario que Núñez Morgado y tantos otros), y va a contarlo. Creo que Morla, al redactar su *Memoria*, está pensando en todo momento no en un «tienen que oírme», sino en un «me van a oír».

Para redactar su trabajo se sirvió, como podemos apreciar hoy fácilmente, de sus diarios. Pero en aquella fecha nadie sabía que Morla llevaba un diario, como Stendhal. Morla no era más que un diletante al que le gustaba el arte y los artistas, y un melómano que componía algunas canciones poniéndoles música a los poemas de sus amigos. Nadie sabía, más allá del círculo íntimo y de su familia, que llevaba un diario que con el tiempo estaba llamado no sólo a publicarse sino a convertirse, una parte de él, en uno de los documentos más importantes para conocer la figura de su íntimo amigo Federico García Lorca (y con el título de *En España con Federico García Lorca* lo publicó el mismo Morla en 1958), y la otra, *España sufre* (publicada sólo recientemente, en 2008), en, ya lo hemos dicho, una de las más extraordinarias visiones sobre la guerra civil en Madrid. De modo que cuando redactó la *Memoria*, fue esta lo primero que se conoció de un Morla que seguramente nadie tomó por escritor. Hoy, en cambio, sólo podemos leerla como la obra de alguien que estaba siendo escritor a su pesar.

Se sirvió para ello, decíamos, de todos esos cuadernos que ha estado llevando minuciosamente durante la guerra y que son continuación de los que publicaría años después. Y en este punto se produce algo sumamente interesante, desde un punto de vista literario, el paso de un diario a memoria.

Cierto que algunos de sus pasajes son transcripción literal de los diarios, pero a menudo el trabajo de la memoria los reelabora de tal modo que todo llega a parecer diferente siendo lo mismo: digamos que el relato se narratiza, si puede decirse algo así. Vemos cómo el contrapunto de los diarios, ese ritmo entrecortado y fugado, propio de una escritura diarística, se reposa en una cadencia distinta, como en una pequeña sinfonía, pues si el diario es algo abierto, que se está haciendo sin otro horizonte que el infinito, y que discurre a la par que la vida, lo que está sucediendo, la *Memoria* presenta algo cerrado, abrochado en unas fechas: lo que ya sucedió.

Los temas son los mismos, desde luego. El primero de todos Madrid, la ciudad de los muertos y la ciudad heroica, «mártir» la llama Morla poniéndose al lado de las víctimas (no al lado de los victimarios), la que a pesar de todo quiere seguir viviendo y la que se va consumiendo cada día por el asedio, las bombas, el hambre y las enfermedades (e impresionantes son las escenas de los entierros que cruzan a diario sus calles, entierros de cortejos sin nadie, con el muerto solo, en carrozas siniestras, y a menudo envuelto en harapos, por falta de féretros que sólo los privilegiados pueden alquilar por un kilo de arroz o un litro de leche: «Todo el día, a lo largo de horas, no se ve más que esto: muertos que pasan», dirá). Siguen a este el de sus gestiones diplomáticas y el de la dificultad con que muchas de ellas vienen, y claro, el relato de las condiciones en las que ha vivido durante ese tiempo con cientos de refugiados en la

Embajada y en los locales que han tenido que alquilar para albergar a todo el mundo, y en su propia casa, invadida por más de cincuenta personas, muchas de las cuales no le han dado más que quebraderos de cabeza, como esa duquesa de Peñaranda, «en extremo simpática, bonita, morena como una gitana, egoísta, mezquina, deschavetada, “un caso”», a la que «la muerte del duque [asesinado durante la guerra] la ha dejado tan tranquila (...) Todos la han visto desnuda: espectáculo de interés», o todos aquellos que a pesar de estar refugiados espían para un bando u otro, cuando no llegan directamente a las manos, como sucede entre falangistas y requetés. Todo adquiere, de ese modo, como decía Morla a propósito de los sótanos tenebrosos donde Miaja le ha recibido, «una atmósfera muy “de cine” y muy moderna»).

Y de eso hablará Morla, siempre humanísimo, generoso, antibelicista, divertido, valiente, paciente al frente de un barco con cientos de tripulantes que milagrosamente se mantiene a flote a pesar de los torpedos, las tormentas, el escorbuto, la peste, los motines... Las descomunales circunstancias, las llama.

Es fácil suponer lo que las autoridades chilenas pensarían de su *Memoria* y dónde iría a parar. O lo que pensarían las españolas. Ni a las del exilio republicano ni a las franquistas agradaría leer lo que se dice de uno y otro bando en ella. Morla jamás volvería a España en calidad de diplomático, aunque acabó su vida como jubilado en Madrid, la ciudad que lo fue todo para él, no sin antes haber sufrido el ataque de Neruda, que aventó en su país y en el mundo una de las campañas más ignominiosas contra Morla, acusándolo de haber negado el asilo político a Miguel Hernández al final de la guerra, falsedad que abochornó a todos los biógrafos de Hernández y a cuantos tienen conocimiento de ella.

Quien haya leído *España sufre*, agradecerá hoy la reedición de la *Memoria*, porque le recordará, con otro tono, resumido y ordenado, las cosas leídas allí. Y quien lea antes esta *Memoria*, querrá leer *España sufre* y completarla con cuantos detalles exactos esperan allí (en general los más íntimos y cotidianos).

A ello ha de añadir el lector los diarios de guerra del hijo de Morla, Carlos Morla Vicuña, publicados en esta ocasión por primera vez. Morla Vicuña, entonces un joven estudiante de Medicina y agregado civil a la Embajada, que ayudó a su padre cuanto pudo en sacar adelante la legación, nos ha dejado un diario curioso. Claro que no podemos compararlo con el de su padre, pero sus anotaciones no dejan de tener interés (como esos partes de guerra que ambos bandos dan sobre los mismos hechos y que, ante la constatación de la mendacidad de la propaganda, hoy nos arrancan una triste sonrisa). Morla Vicuña nos da otra dimensión, la de alguien a quien la guerra no le quita ni las ganas de divertirse, de flirtear, de escribir sainetes o de oír los nocturnos de Debussy y que a menudo, de una manera inconsciente, se está jugando la vida, bien porque no quiere perderse los violentísimos combates que están teniendo lugar enfrente de su casa entre los comunistas y las fuerzas del coronel Casado, y que él describe magníficamente, bien porque ha decidido sacar de la Embajada en el maletero de su coche a algunos amigos suyos fascistas para darse un baño en la Quinta del Berro.

Aquí tienes, lector, pues, materia suficiente para pensar sobre la guerra y, principalmente, sobre la vida y la literatura decantadas por una memoria minuciosa como la de Morla que acabó en *Memoria*.

ANDRÉS TRAPIELLO

INFORMES DIPLOMÁTICOS

PRÓLOGO

QUIERO dejar establecido que el único motivo que me ha inducido a imprimir las tres Memorias que, sobre mi labor en España al frente de nuestra Embajada durante la Guerra Civil, he dirigido a mi Gobierno en cumplimiento de mi obligación, no ha obedecido más que al deseo de satisfacer el anhelo de numerosas personas que se interesaban por conocer los detalles de la obra de Chile en esa ocasión memorable.

La única copia de ellas que conservaba en mi poder, al ser facilitada a quienes, por diversas consideraciones, merecían leerla, volvía a mis manos en un estado deplorable, en vista de lo cual hube de adoptar la medida señalada para salvarla de su completa destrucción.

Dan comienzo las citadas Memorias en el momento en que me hago cargo de nuestra Embajada y de las responsabilidades que

pesan sobre ella, en calidad de encargado de Negocios, esto es, a contar desde el 19 de abril de 1937, nueve meses después de iniciada la revolución.

En ellas aparecen anotados, someramente y sin detalles, en vista de que el Gobierno recibió oportunamente una amplia información de ellos, los principales acontecimientos que me cupo afrontar, primero, y luego resolver, como «el asalto de la residencia de nuestro adicto militar y el robo de su archivo», «el asalto, evitado en el último momento, de la Legación de Guatemala, que se encontraba bajo la protección de nuestra bandera», «la lucha ingente y sostenida para salvar a nuestro desgraciado compatriota, el joven doctor chileno J. F. Jiménez», «el asalto de la Legación del Perú, momentáneamente al cuidado de la Embajada de Chile por ausencia de su representación», «la entrega voluntaria por el infrascrito de las armas que encontró dentro de la Embajada, y de cuya existencia tenía conocimiento el Gobierno de la República, hecho que provocaba la constante amenaza del asalto de ella», y muchos otros.

La primera precaución que adopté al hacerme cargo del puesto —después del bochornoso incidente de que fue objeto el embajador en Valencia y que le impidió regresar a Madrid— fue la de confinar en un armario la totalidad de las citadas armas, el que en seguida quedó debidamente sellado.

Siempre consideré que las armas en cuestión, lejos de significar una defensa, constituían un serio peligro para la Embajada: 1º, porque de nada habrían servido, en caso de un asalto de las turbas rojas; y 2º, porque la permanencia de ellas dentro del edificio sería siempre aprovechada como un pretexto para justificar una incursión de la policía en el recinto.

Si es un hecho establecido en forma indiscutible la extraterritorialidad de las mansiones diplomáticas, no es admisible que se transformen en plazas fuertes con caracteres de cuarteles.

Tengo un especial interés en hacer aquí un breve relato de la citada «entrega de armas», en torno de la cual tantos comentarios se hicieron y tantas intrigas se intentaron urdir.

Pocos días después de asumir el cargo, fui llamado por el ministro de Negocios Extranjeros a Valencia, quien me manifestó, en son de protesta, el conocimiento que tenía de la existencia de ese arsenal dentro de nuestra Embajada, «lo que consideraba intolerable». Respondí que el término de «arsenal» era exagerado, dándole cuenta en seguida de las medidas que había adoptado.

Durante los meses que se siguieron se llamó nuevamente, en diversas oportunidades, mi atención sobre el particular, especialmente cada vez que me esforzaba por obtener facilidades para la realización de la evacuación de los asilados que, en un número superior a dos mil, se hallaban albergados en ella.

En el mes de julio recibí la visita de un joven amigo que desempeñaba, a la sazón, un cargo de confianza en la Dirección General de Seguridad.

Confidencialmente, y con la mejor de las intenciones, me dio cuenta de la resolución que tenían adoptada las autoridades de exigirme la entrega de dichas armas, para cuyos efectos ya estaba redactada la comunicación correspondiente.

Venía a advertirme del hecho para que no me cogiera de sorpresa.

Para mayor prueba de lo que me aseveraba me dio a conocer la copia de un plano que obraba en poder de la Dirección General de Seguridad y que determinaba, con la mayor exactitud, el sitio en

que se encontraban confinadas las bombas y los rifles; acompañaba el documento un dibujo contundente del mueble que los contenía.

Sin tiempo para solicitar instrucciones de mi Gobierno, me hice las siguientes reflexiones:

En caso de que me exijan, pensé —lo que me parecía inevitable—, la entrega de las armas, resultaría indiscutiblemente torpe negar la existencia de ellas.

Rehusarse de plano a lo solicitado, con una porfía mal entendida, provocaría, sin duda alguna, la entrada violenta de las autoridades al edificio, con las consecuencias desastrosas consiguientes.

Inclinarse mansamente ante la voluntad de la autoridad policíaca mencionada no me parecía tampoco una actitud edificante, además de que asentaba un precedente funesto para el futuro.

En la emergencia, y hechas todas las consideraciones del caso, opté por ofrecer, sin pérdida de tiempo, antes de que me llegara la comunicación aludida, la entrega del armamento, voluntariamente y como un gesto espontáneo de mi parte, actitud que me fue agradecida y de la que se ocupó la prensa republicana en términos encomiásticos.

No creo que se habría podido salir del paso en forma más conveniente que la adoptada, y el Sr. ministro de Relaciones Exteriores, a la sazón D. José Ramón Gutiérrez, a quien puse en conocimiento del hecho consumado, aprobó ampliamente mi proceder.

La entrega se efectuó privadamente, en presencia del infrascrito y del coronel D. Humberto Luco, a un funcionario de la Dirección de Seguridad que, por petición mía, no llevaba uniforme.

* * *

Algunos días después, el 26 de julio, lograba sacar una numerosa expedición de asilados.

El 18 de julio 1936 –el mismo día del estallido de la sublevación militar en Marruecos, y sin conocimiento de ella– emprendía viaje con mi familia en dirección a Alicante, por la carretera, donde debía embarcarme al día siguiente para las islas Baleares con el fin de disfrutar de un corto veraneo. El Sr. embajador quedaba en Madrid con la intención de salir, a su vez, al día subsiguiente, para reunirse con su familia que se hallaba en Alemania.

Momentos antes de emprender el viaje, a las 7 de la mañana, alguien telefoneó para manifestarnos, sin dar su nombre, que era preferible que no nos moviéramos de la capital. Me puse inmediatamente en comunicación con la Dirección General de Seguridad, con el fin de inquirir si había algún inconveniente serio para efectuar el viaje, a lo cual se me dio una respuesta negativa, pero con la advertencia de que «convenía que partiéramos pronto».

Durante el trayecto nos dimos cuenta de que algo extraordinario ocurría. Los agentes de la Guardia Civil, apostados en el camino, nos preguntaban «si algo sucedía en Madrid» y, a medida que avanzábamos hacia la costa del Mediterráneo, más latente se hacía la efervescencia e inquietud que reinaba en los pueblos que atravesábamos.

En Alicante nos encontramos con un ambiente ya francamente caldeado, y nos impusimos de la sublevación que había tenido lugar y que «estaba en vías de ser sofocada». Las radios no dejaron de funcionar en toda la noche.

El día 19 de julio, a primera hora, conforme al itinerario, nos embarcamos en el puerto, y pocos instantes después de hacerlo resonaron las señales del caso y el barco levantó sus anclas girando

lentamente como para tomar dirección; pero con gran sorpresa nuestra, momentos después, volvieron a sumergirse las anclas en el fondo del mar, inmovilizándose el buque nuevamente.

El capitán nos dio entonces cuenta de que había recibido la orden de no zarpar antes del mediodía. A las 12 una nueva orden determinaba la permanencia de la nave en el puerto hasta las 8 de la noche, hora en que nuevamente fue postergada su salida hasta el día siguiente.

Y así pasaron 5 días, después de transcurridos los cuales hubimos de abandonarla en vista de que había sido requisada para dar cabida en ella a una parte de los numerosos prisioneros que empezaban a llegar a la ciudad.

Nos encontramos entonces en la más crítica de las situaciones, sin poder seguir viaje a Ibiza, sin poder regresar a Madrid por encontrarse la ciudad de Albacete ocupada por los revolucionarios, y, para colmo, sin un céntimo en el bolsillo.

En vista de las continuas fechorías que ejercían en las carreteras, bajo el nombre de «el Socorro Rojo», numerosos pistoleros, nadie viajaba, a la sazón, con dinero. Con este motivo, habíamos enviado el giro necesario a las islas citadas y traído con nosotros lo estrictamente preciso para pasar una noche, y acaso un día, en Alicante.

Empezó allí para nosotros la odisea que luego duró cerca de 3 años.

El puerto en que nos encontrábamos se vio invadido de milicianos de todos partes y edades, de los cuales había muchos que no sabían ni siquiera llevar militarmente el rifle. Daban la sensación de chiquillos «que jugaban a los soldados», presos de una alegría infantil e inconsciente al verse, de la noche a la mañana, transformados en cabos del ejército.

Más de una vez vimos cómo se les caía el arma al suelo, cuyo tiro, al dispararse, alcanzaba a sus propios compañeros, que se desplomaban mortalmente heridos y que luego eran transportados, muchas veces agonizantes, a los puestos de urgencia.

Algunos días después, las fuerzas republicanas recuperaban la ciudad de Albacete, quedando nuevamente expedita la ruta a Madrid.

Solicité entonces del embajador el envío de los fondos necesarios para cancelar mi cuenta de hotel y regresar a la capital.

En contestación me trasmitió un cable del Gobierno en el que se me ordenaba salir de España con mi familia.

A pesar de estas instrucciones de carácter terminante, que no estaban de acuerdo con mi criterio y mi temperamento, resolví reasumir mi puesto. No me parecía lógico ni honorable desertarlo en la hora de la dificultad y del peligro y, convencido de que obraba conforme a las normas de mi conciencia, desobedecí la orden recibida, por caballerosidad y por decoro.

Así pasaron tres semanas durante las cuales nos era dable oír, durante el día entero, los acordes de «la Internacional» ejecutada en el paseo público ante la muchedumbre de milicianos enardecidos, con los puños en alto.

En el transcurso de estas tres semanas me cupo la suerte de salvarle la vida a un muchacho francés quien, después de haber combatido en la Sierra a favor de los nacionalistas, cometió la imprudencia de dar opiniones contrarias a la causa republicana en un café, lo que determinó su detención, la de mi hijo y de un amigo que se encontraban con él.

Recluidos y registrados en un cuartel comunista hallaron en sus bolsillos cartas comprometedoras que le había dirigido su novia,

afiliada a los partidos monárquicos, desde Madrid. Fue aquella una noche memorable durante la cual logré libertar a mi hijo y a su amigo pero no así al francés.

Eran los días en que se fusilaba a la gente sin proceso ni mayores averiguaciones, ni la espera de orden superior alguna, y una mera sospecha era motivo suficiente para determinar la sentencia de muerte en contra de un individuo.

Ante la angustia del pobre niño que se retorció las manos implorándome que no lo abandonara, me esforcé por hacer comprender a esa gente las gravísimas consecuencias que atraería para el Gobierno de la República el asesinato de un súbdito francés, hijo de una de las naciones que se manifestaban como partidarias de ellos. Tras largas discusiones, que el pobre muchacho escuchaba con la faz exangüe y preso de un pánico mortal, me fue, por fin, entregado sin condiciones.

—Es un regalo que le hacemos, señor, —me dijo el rojillo mientras le sacaba las esposas que le aprisionaban las muñecas.

Lo conduje al consulado de Francia y no lo dejé hasta no verlo embarcado en un crucero de su país que se hallaba anclado en la bahía, y me complazco en reconocer que de ese muchacho recibí una de las pocas manifestaciones de gratitud que me ha sido dable recoger durante la larga etapa de la revolución de España.

Tendré siempre presente su actitud, erguido en el bote que lo llevaba mar adentro, con las manos unidas en alto dirigidas hacia mí y el rostro bañado en lágrimas, en tanto que sus labios murmuraban palabras de hondo reconocimiento.

Si bien es cierto que jamás debe hacerse una buena obra pensando en la recompensa que puede significarnos, es un hecho indis-

cutible que al recibir por ella una manifestación de agradecimiento, nos llega al alma.

Días después hube de ayudar a mi amigo Carlos Muñoz, conde de la Viñaza, grande de España, hijo del ex embajador en Rusia e Italia, que llegó huyendo a Alicante estrechamente perseguido por miembros de la CNT.

Después de pasar un día entero oculto en un armario de mi habitación, logré embarcarlo confundido en una expedición de súbditos alemanes, de acuerdo con el cónsul de ese país.

Fue menester que lo acompañara hasta el muelle hablando con él en ese idioma, del que le había enseñado algunas palabras; y bajo el temor de que fuera descubierto de un momento a otro, resultó asombrosa la rapidez con que desapareció de mi lado apenas vio una lancha cerca en la que se introdujo en menos que canta un gallo.

A mediados del mes de agosto, mi señora, mi hijo y yo logramos, por fin, ser admitidos en un tren que salía con dirección a Madrid a las diez de la noche. Para ello abandonamos el coche, ya que no había posibilidad alguna de emprender el viaje por la carretera. Sobre aquel trayecto nocturno podría escribirse un libro.

En un vagón de segunda clase, lleno de humo y absolutamente repleto de milicianos rojos armados hasta los dientes, que fumaban y escupían en el suelo y manifestaban ruidosamente su adhesión a la República en todas las estaciones, puños en alto, efectuamos ese viaje interminable que duró hasta las doce del día siguiente.

Nos encontramos con un Madrid irreconocible que tenía el aspecto de un vasto campamento de abigarrados colores. Las calles, las veredas, los portales de las casas, se hallaban invadidos de una pintoresca e indisciplinada soldadesca del pueblo que lucía unifor-

mes improvisados. Estos milicianos, cuando no andaban en grupo cantando, permanecían tendidos al sol o formando círculos que eran otras tantas tertulias. El enemigo no se encontraba todavía en las puertas de la ciudad.

Las mujeres, los ancianos, aun los niños, estaban militarizados en una forma carnavalesca, y las comparsas armadas, que pasaban bulliciosamente al son de flautas destempladas y de un incesante tamborileo, tenían más aspecto de mascaradas que de regimientos bélicos.

Tras de la reja de la antigua iglesia de las Calatravas, hasta el niño Jesús, rubio y risueño, con sus dos deditos proféticos levantados, aparecía vestido de soldadito. Llevaba colocada sobre su cabellera rizada la gorra miliciana y lucía airosamente el uniforme popular, como hecho sobre medida, con el fusil al hombro.

Era la época de los llamados «paseos», que equivalían a llevar al patíbulo a centenares de seres inocentes, a familias enteras, que eran sacadas de sus casas por los bandidos y asesinos, monstruos sin ley ni alma, ansiosos de sangre y henchidos de odio, que habían sido libertados de las cárceles y armados, so pretexto de engrosar las filas del ejército popular.

Los crímenes horrendos que se perpetraban a diario determinaron el ingreso en tropel a las embajadas y legaciones de una muchedumbre aterrorizada. El mismo día de mi llegada di albergue en mi casa particular a varias personas que luego aumentaron en gran número, la mayoría de las cuales permanecieron en ella hasta el final de la guerra, esto es durante 32 meses.

En la Embajada me encontré con una situación extraña. En la parte baja del vasto edificio se había confinado el embajador, rodeado de una corte de nobles y aristócratas que lo tenían absoluta-

mente deslumbrado, y la multitud de asilados crecía y crecía en la convicción de que el Generalísimo no tardaría en apoderarse de la capital.

Desde mi llegada —en el temor sin duda de que pudiera compartir con él laureles— me fueron cerradas todas las puertas, y la confección de las notas informativas dirigidas a nuestro Gobierno —que habían sido siempre redactadas por mí— corrieron a cargo de refugiados españoles, inteligentes y bien intencionados, pero necesariamente carentes de toda neutralidad. La clave diplomática, a su vez, fue puesta en las manos finas de bellas damas de la aristocracia, todo lo cual me creó la situación desagradable que se comprende.

Y, mientras los ejércitos nacionalistas se acercaban a la capital, pasando primero por Toledo para liberar a los heroicos refugiados del Alcázar, la vida en Madrid se hacía pavorosa, llena de amenazas y de angustias. Empezó el éxodo de diplomáticos.

Algunos meses después de iniciada la revolución hubo de marcharse el ministro del Perú, y para ello «licenció» a sus asilados, los que, provistos de papeles timbrados en calidad de pasaportes, tenían que salir al día siguiente en un tren señalado. Expuestos a todo género de peligros, varios de ellos pernoctaron en mi casa, entre otros el duque de Pastrana, yerno del conde de Romanones, a quien afeitamos el bigote y que acompañé a la estación, donde fue inmediatamente reconocido por el miliciano que había en la puerta y que resultó ser un lustrabotas simpático que yo conocía, y al que había llevado una vez a presenciar una corrida de toros.

Me miró de soslayo con una sonrisa de bellaco.

—Pase, don Carlos —murmuró socarronamente.

Días después logré hacer salir al marqués de Villabragima a quien unos individuos, que no me merecían confianza, le habían